VIVIR SEGURAS

ENTORNOS LIBRES DE VIOLENCIAS DE GÉNERO

Desde el nacimiento, las expectativas de cómo debe ser una niña o un niño nos rodean. Esos estereotipos de género hacen parte de todos los espacios que habitamos. De hecho, buena parte de las violencias basadas en género y las violencias contra niñas, adolescentes y mujeres tienen una base en esas normas rígidas según nuestro sexo de cómo debemos ser, cómo debemos lucir y qué debemos y podemos o no hacer.

Por eso, no es una sorpresa que el entorno escolar también sea un ámbito en donde estas normas son replicadas y normalizadas. El sexismo se aprende desde la infancia y se refuerza durante el ciclo de vida. Romper estos moldes hace parte de un proceso largo e, infortunadamente, no tan sencillo.

Maday Torres tiene 20 años y nació en Carepa, en el Urabá antioqueño. Ella describe su tierra como *"un platanal increíble con los mejores atardeceres de Colombia"*, pero también sabe que su región ha sido protagonista en crueles disputas violentas sobre el territorio que la han marcado.

"Vengo de una región azotada por la violencia de los grupos al margen de la ley desde hace mucho tiempo. Ellos son los que mandan en la zona y no solo nos han violentado, sino que nos imponen sus creencias, pensamientos y costumbres a nosotras. Nos ven como objetos sexuales que pueden tener como premios", dice Maday con la claridad de quien conoce muy bien su entorno, aun siendo tan joven. *"A los 'afeminados'- explica señalando las comillas en su relato, se los llevan para que se vuelvan 'más hombres', torturándolos y obligándolos hacer cosas que no quieren"*.

En escenarios afectados por el conflicto armado como el Urabá, puede ser aún más difícil cuestionar esas normas estrictas del género. El Informe Final de la Comisión de la Verdad, demuestra que, en contextos de mayor intensidad del conflicto armado, las violencias diferenciadas contra niñas y mujeres fueron muy altas. Por esto, Maday parte de reconocer que las violencias en su contexto se viven en lo cotidiano y que, si estar dispuesta a tener una perspectiva crítica sobre la educación sexual es revolucionario, lo es mucho más amplificar estos mensajes y compartirlos con otras. *"Viví la violencia muy de cerca, pero entré a una ONG de educación sexual que me ayudó a cambiar muchas perspectivas de mi entorno y a tener la voluntad de yo misma hacerlo con otras personas"*, dice.

La violencia de género en la escuela es definida por la Iniciativa de las Naciones Unidas para la educación de las niñas (UNGEI por sus siglas en inglés), como "los actos o amenazas de violencia sexual, física o psicológica que acontecen en las escuelas y sus alrededores, perpetrados como resultado de normas y estereotipos de género,

UNFPA
Fondo de Población
de las Naciones Unidas

y debidos a una dinámica de desigualdad en el poder. También se refiere a las diferencias entre las experiencias de las niñas y los niños y sus vulnerabilidades ante la violencia. Incluye amenazas explícitas o actos de violencia física, bullying, acoso verbal o sexual, tocamientos sin consentimiento, coerción y agresión sexual, y violación". Este tipo de violencia incluye también los castigos que con frecuencia se manifiestan de forma discriminatoria e influida por el género, incluso castigos físicos, que fomentan entornos violentos o inseguros.

Las violencias de género en la escuela, declara Maday, empiezan por algo tan básico como los roles de género, *"en los juegos intercolegiales las niñas no juegan. Eso sí, si un niño se arreglaba mucho le dicen marica y ni siquiera hay un acompañamiento con psicólogas sobre las diferentes maneras de ser hombre, porque el problema era ese niño afeminado y no las demás personas. Lo viví de cerca con mi mejor amigo"*, indica. Las violencias de género también alcanzan a niños y adolescentes varones y afectan de forma diferenciada a las personas con orientaciones sexuales e identidades de género diversas.

Jolmar Carreño, un joven activista por los derechos de la población LGBTIQ+ en el Caribe colombiano, vivió la discriminación de género en carne propia, así como también fue testigo de la que vivían sus compañeras. Para él, la violencia psicológica es tristemente común para las personas sexualmente diversas, *"es como una recriminación sobre el hecho de no entrar dentro de lo heteronormativo, dentro de la sociedad 'normal'. Siempre te están diciendo que eres raro, eres diferente, que tú aquí no cabes"*, recuerda.

La falta de una educación sexual integral (EIS) es una gran deuda con la infancia, la adolescencia y las juventudes en Colombia. Para muchas niñas y adolescentes, así como para la población LGBTQ+, la violencia y falta de EIS siembra un camino de temores e ignorancia frente a sus cuerpos y sus derechos. Maday ve el potencial en lo que describe como unas simples palabras para cambiar tantas situaciones trágicas, *"el hermano de un compañero se suicidó porque no aguantaba el bullying en ese colegio porque era muy 'afeminado' y ver cómo el mismo contexto de dónde vengo, sigue creyendo que la culpa es de ese afeminado, de esa machorra, de esa lesbiana que no sabe lo que quiere y está confundida y no de la misma gente de allá"*.

La Campaña Latinoamericana por el Derecho a la Educación (CLADE) ha identificado diversas formas en las que se expresa la violencia de género en las escuelas, algo que va desde la reiteración de estereotipos de género, el aliento o negligencia ante la división sexual del trabajo en el aula, el uso de lenguaje discriminatorio o la discriminación hacia estudiantes embarazadas hasta la restricción en el acceso a espacios físicos y actividades para las niñas y mujeres.

Aunque hay avances como el Programa de Educación para la Sexualidad y Construcción de Ciudadanía (PESCC) o el Protocolo de prevención de Violencias Basadas en Género, la materialización de estas iniciativas parece requerir mayores esfuerzos. Esto no solo porque persisten las enseñanzas estereotipadas de lo femenino y lo masculino, que a la larga sustentan violencias, sino porque los entornos escolares también han sido escenarios de acoso o abuso sexual y no logran configurarse como los entornos protectores que están llamados a ser.

En los últimos años se han hecho públicas cada vez más denuncias de casos de presunto abuso en entornos escolares. Para el periodo de enero de 2018 a febrero de 2022, el Ministerio de Educación tiene en el radar 876 casos, de los cuales 65 han sido sancionados, 127 han sido archivados y 684 están en investigación. Desafortunadamente, otros tipos de violencia en el aula no tienen un registro estadístico sistemático que permita hacerle seguimiento.

Después de haber sido parte de procesos de formación en educación sexual, Maday tiene muy claro qué es lo que se necesita para fortalecer la autonomía y los derechos de niñas y mujeres en regiones como la suya: "Es sencillo. Con una simple educación integral para la sexualidad que hable de las diferentes formas de ser persona, de nuestros cuerpos, de derechos sexuales y derechos reproductivos, se eliminarían esos tabúes que el mismo contexto nos impuso".

— Laura Vásquez Roa
Antropológa y periodista feminista.